Globethics Repository



¿Hacia dónde va nuestro fútbol? [Where will our football?]

This page was generated automatically upon download from the Globethics Repository. More information on Globethics see https://www.globethics.net. Data and content policy of Globethics Repository see https://repository.globethics.net/pages/policy.

Item Type	Article
Authors	Santa Cruz A., Eduardo
Publisher	Fundación Friedrich Ebert (FES)
Rights	Creative Commons Copyright (CC 2.5)
Download date	2026-11-16 09:11:36
Link to Item	http://hdl.handle.net/20.500.12424/219379

Nueva Sociedad Nro. 154 Marzo-Abril 1998, pp. 157-167.

¿Hacia dónde va nuestro fútbol?

Eduardo Santa Cruz A.

Eduardo Santa Cruz A.: periodista chileno, licenciado en Ciencias Sociales y Diplomado en Investigación en Comunicación (Ciespal, Quito); docente e investigador del Centro de Investigaciones Sociales de la Universidad de Arte y Ciencias Sociales - Arcis, Santiago de Chile.

Palabras clave: historia del fútbol, cambio cultural, América Latina.

Resumen:
Instalado profundamente desde hace un siglo en el imaginario colectivo, como instancia privilegiada de sociabilidad popular y masiva, el fútbol profesional en los países sudamericanos se ve enfrentado a nuevos desafíos planteados por la modernización globalizadora, que apuntan a que su carácter de espectáculo-mercancía termine por despegarse totalmente de sus complejas e imbricadas relaciones con el cuerpo social, mantenidas más o menos complementariamente durante décadas. Dado que lo mismo sucede en otras prácticas sociales, la pregunta ¿hacia dónde va nuestro fútbol? equivale a interrogarse acerca de ¿hacia dónde vamos todos? Algunos lo llaman «la última pasión del siglo». Negocio, enajenación, juego, entretención, expresión cultural. De todo se dice sobre el fútbol, como si fuera posible reducirlo a alguna de sus características. La propuesta de estas líneas es la contraria: ni una cosa, ni otra, sino todas juntas, en una mezcla compleja y abigarrada.

La intención de este texto es rastrear ciertas claves interpretativas del proceso de apropiación cultural que ha hecho del fútbol un fenómeno de relevancia, pero con la mirada puesta en las perspectivas que se abren para la evolución de nuestra convivencia cultural y social. Hay un conjunto de factores comunes en el subcontinente sudamericano que durante el presente siglo lo han configurado como la expresión más completa y acabada del fútbol mundial. En ninguna otra parte su práctica ha llegado a tales cumbres de habilidad, virtuosismo y talento y no por casualidad es que de esta región han surgido sus más altos cultores.

En nuestros países por el fútbol se ríe, se sufre, se discute, se crean amistades y complicidades fugaces, se vive y a veces también se muere.

Un resultado e incluso una incidencia del juego puede conmover el orgullo y honor nacionales, revivir antiguas querellas y rivalidades. Pocas manifestaciones masivas tienen la carga simbólica y ritual que se condensa en el fútbol. Poner la mirada en los orígenes del fútbol sudamericano no tiene el sentido de remover hechos olvidados para alimentar nostalgias, sino encontrar pistas explicativas de lo que podemos llegar a ser, a partir de lo que hemos sido. Esos rastros se encuentran diseminados, ocultos, interpretados[1].

Origen y apropiación

En el origen del fútbol sudamericano es posible encontrar un cierto patrón común: al principio, «cosa de gringos»; luego, juego y entretención de jóvenes aristócratas, para pasar en un corto tiempo a ser apropiado por las masas populares, extendiéndose de esta forma por el conjunto del cuerpo social hasta integrarse a la cotidianeidad colectiva. El proceso de apropiación popular convirtió al juego en una pasión. Lo transformó de una práctica recreativa en un fenómeno social y cultural, donde simbólicamente se expresan conflictos, esperanzas, frustraciones y sueños. Así, el fútbol pudo ser en nuestros países instancia de asociación y reconocimiento; expresión y espacio de construcción de identidades clasistas, regionales o nacionales; lugar de encuentro para una estructura social en proceso de heterogeneización y bruscas transformaciones, etc.

Desde entonces quedó incorporado a nuestra sociabilidad como un componente fundamental. Tanto en su dimensión ritual como en la posterior de espectáculo-mercancía, con la particularidad de que, entre ambas, se estableció a lo largo del presente siglo una especial relación de complementariedad. En esa articulación específica es que encuentra explicación, por ejemplo, el significado que tiene el ídolo futbolístico en el imaginario popular.

La aparición del fútbol se inscribe en un proceso global de transformación ocurrido en las últimas décadas del siglo XIX –con especial fuerza en Argentina, Uruguay, Brasil y Chile– y que es expresión, a la vez, de la irrupción, con una forma y contenidos específicos, del modo de producción capitalista. Es el marco colocado por el proyecto modernizador liberal surgido de la polaridad establecida por Sarmiento entre «civilización o barbarie», como la alternativa histórica de construcción de las nuevas naciones. En lo social y cultural, ello se expresaba en la búsqueda de nuevas formas de sociabilidad caracterizadas por su vocación de inclusión en los parámetros culturales universales, lo cual quería decir –en esos

[1] De hecho, este texto se inscribe en una línea investigativa que venimos siguiendo desde hace algún tiempo. Fruto de ella hemos publicado ya los libros ***Crónica de un encuentro: fútbol y cultura popular*** (1991) y ***Origen y futuro de una pasión: fútbol, cultura y modernidad*** (1996).

años– primordialmente ingleses y luego, franceses y alemanes.

A partir de las particularidades nacionales se comparte un modelo de desarrollo y modernización, que colocaba al capital inglés en un rol clave y decisivo. No es extraño que la presencia inglesa fuera entonces fundamental, lo que es especialmente manifiesto en lo social y cultural. Mucho más allá de su importancia cuantitativa que en muchos casos es de poca monta, la influencia inglesa se marca por el carácter que asume el proyecto modernizador oligárquico. Con o sin razón, culturalmente significaba la presencia viva del mundo «civilizado» europeo y ello era suficiente para constituir un motivo de emulación en las elites locales.

La colonia británica no sólo generaría un particular estilo de vida que tendía a ser imitado, sino que originó y mantuvo instituciones independientes y exclusivas: escuelas, templos, sociedades, clubes, coros, orquestas, compañías de bomberos, etc. En ese marco es posible entender lo afirmado por uno de los impulsores del deporte y el fútbol en Chile, José A. Alfonso (filántropo, jurista, ministro y dirigente deportivo), cuando señalaba al comenzar este siglo que «... Nuestros juegos nacionales nada valen en comparación de los clásicos juegos ingleses, 'football', 'cricket', etc. Están estos últimos admirablemente dispuestos para que, mediante ellos, surjan lozanas en los jóvenes no solamente condiciones de virilidad física, sino también cualidades morales inapreciables».

La vida pública de la oligarquía asumía características «representativas» –en el sentido como señala Habermas para caracterizar la sociedad feudal o premoderna–, al producirse una virtual monopolización por parte de un pequeño sector del derecho a la vida pública, lo cual convertía sus costumbres, gustos, modas, etc., en una suerte de vitrina y escenario. El ***sport*** habría de permitir el surgimiento de algunos de esos espacios. De hecho, hacia mediados del siglo pasado, según los fragmentarios registros que es posible encontrar, se comienzan a practicar los primeros juegos deportivos por parte de las colonias británicas. El cricket, la hípica y el pa-p***erchase*** fueron difundiéndose rápidamente en los distintos países y a ellos se sumaron rápidamente los aristócratas más vinculados a aquéllas.

Es difícil determinar con precisión la fecha y las circunstancias de los primeros partidos de fútbol. En tanto que juego son parte de una cotidianeidad que no alcanza a constituirse, en un principio, en un hecho social que atraiga la atención general. Muy pronto esas condiciones se produjeron, justamente por el carácter aludido que tenía la vida pública de la elite, en general, y de su rama inglesa, en particular; de esta forma, es posible encontrar cierto registro de la actividad, especialmente en la prensa, que comenzaba a dedicar un espacio específico a la denominada «Vida Social», en la cual se publicitaban diversos aspectos, incluso

privados, de la vida oligárquica: matrimonios, fiestas, defunciones, paseos y «vida al aire libre», que era el ámbito donde se informaba del juego y la recreación.

Muy tempranamente, hacia 1860, el fútbol comenzó a practicarse al interior de la colonia británica de Buenos Aires, lo cual es especialmente significativo si recordamos que en 1863, al fundarse la Asociación Inglesa es cuando nace el fútbol moderno. Así, el 9 de mayo de 1867, el inglés Thomas Hogg preside el nacimiento del Buenos Aires F.C. Ello es indicativo del hecho de que la cuna del fútbol sudamericano estuvo en el Río de la Plata. A ello contribuyeron decisivamente dos profesores británicos que llegaron al país en 1880: Isaac Newell's, que creó el Colegio Newell's en la ciudad de Rosario y Alejandro Watson Hutton, que fundó el English High School, en Buenos Aires.

En Chile, sólo en los años 80 se registran los primeros partidos, ya que se constata en 1882 la formación del equipo del colegio británico MacKay and Sutherland, que educaba a los hijos de ingleses y aristócratas criollos en Valparaíso. En 1889 aparece el que es considerado el primer club chileno: el Valparaíso F.C., fundado por David N. Scott.

En Uruguay ocurría algo similar. En los años 80, William Poole, profesor del Colegio Británico de Montevideo, se dedicó a difundir el fútbol entre los estudiantes. El primer partido se habría jugado en junio de 1881 entre el Montevideo Cricket y el Montevideo Rowing, ganando los primeros 1-0. En Brasil, el inicio debió esperar hasta mediados de los 90, cuando regresa al país Charles Miller, hijo del cónsul inglés en San Pablo y considerado el pionero del fútbol brasileño.

Al terminar el siglo XIX la práctica del fútbol estaba surgiendo también en otros países de la región, aunque su desarrollo sería menos acelerado. No es ajena a ello la diferencia que existía en los modos particulares de impacto de la modernización y desarrollo capitalista. Sin embargo, en sus rasgos principales el proceso fue análogo. Es el caso del Perú, donde el fútbol comenzó a practicarse en la colonia británica del puerto del Callao y en el seno de clubes que se dedicaban a distintos deportes, como el Unión Cricket, el Lima Cricket y el Club Ciclista de Lima, este último fundado en 1897. En la primera década de este siglo surgirán los clubes propiamente futbolísticos: en 1901 aparece uno de los más importantes, el Alianza F.C., de Lima y en 1902, el Atlético Chalaco, del Callao, entre otros.

En otros países el proceso se desarrolló con más lentitud. En Bolivia, por ejemplo, la Federación Nacional se creó en 1926; si bien el fútbol se jugaba desde algunos años antes– en La Paz existía una competencia desde 1914– sólo entonces se logró una organización nacional. Sin embargo, la plena modernización de la actividad se logró después de 1950

al crearse el primer campeonato nacional de carácter profesional. En todo caso, el proceso de origen y apropiación no había sido mayormente distinto. Los primeros clubes habían surgido en círculos británicos de las ciudades mayores y relacionados con empresas mineras, de ferrocarriles y de obras públicas. De allí surgieron algunos clubes actualmente vigentes como el Always Ready, el Blooming y el más famoso: The Strongest.

En el caso de Colombia la situación adquirió caracteres particulares. La organización original fue la Asociación de Fútbol de Colombia, fundada en 1924, con sede en la ciudad de Barranquilla y que se afilió a la FIFA ese mismo año. Durante décadas, el fútbol permaneció en el ámbito amateur y con un bajo nivel de popularidad y masificación. De hecho, había otros deportes como el box y el béisbol que lo superaban con largueza en ello. Hacia 1947 varios empresarios e inversionistas tuvieron interés en montar el espectáculo futbolístico. Así, se fundó en Bogotá el club Millonarios, el primer caso de una sociedad anónima futbolística en la región, estableciendo la existencia de dos tipos de asociados: los socios accionistas y los socios «de número». Dicho club comenzó a organizar grandes espectáculos con cuadros extranjeros de primer nivel, con lo cual ejerció el rol de modelo que sería seguido rápidamente por otros. Al año siguiente, en 1948, se creó la llamada División Mayor como rama profesional de la Asociación Colombiana.

El conflicto no tardó en llegar y en 1949 se produjo la ruptura entre la Dimayor y la asociación amateur, quedando la primera desafiliada de la FIFA, lo que le permitió incorporar jugadores extranjeros sin pagar los pases internacionales a los clubes dueños. Así, mientras la parte amateur era la que representaba al país en compromisos internacionales, los equipos profesionales se llenaban de figuras de renombre mundial. Debieron pasar algunos años antes de que se lograra la reunificación, ahora bajo la égida del sector profesional.

Después de 1890 la proliferación de la actividad futbolística adquiere un ritmo creciente. Un factor importante lo constituyó el hecho de que el fútbol se practicara en parques y paseos públicos, motivando la curiosidad y el interés, especialmente de jóvenes criollos provenientes de sectores populares. Se estaba marcando una característica permanente del fútbol sudamericano: constituye una instancia de encuentro –y competencia– entre sectores sociales distintos, en condiciones de cierta igualdad.

En el caso chileno, difusión y apropiación son procesos que van de la mano, al ser tomados el deporte y el fútbol como elementos integrantes del desarrollo educacional. Se verán insertos como instrumentos de la «cruzada» de la ilustración y educación popular. En ese contexto, hay dos hechos que están directamente relacionados con la popularización del fútbol. Por un lado, los cambios en los métodos de enseñanza impulsados

desde el gobierno de Balmaceda que expresan la influencia de la pedagogía alemana, que incorporaba la educación física sistemática. Por otro lado, la actividad estatal en la construcción y fundación de establecimientos de educación primaria y secundaria y, con ello, en la formación de los maestros adecuados, fundamentalmente provenientes de sectores medios y populares y que se repartirían por el territorio siendo impulsores y organizadores del deporte nacional.

El paso de las manos suaves y cuidadas de la oligarquía a las callosas y ásperas de las masas populares transformó el objeto. No sólo en sus contornos, sino también en sus contenidos esenciales. Esta operación de «manoseo cultural» –que no se da por supuesto sólo en el fútbol– se verifica en el contexto del conjunto de relaciones y prácticas sociales marcadas por el sello de la dominación, el conflicto, el consenso, la sumisión y la rebeldía.

El proceso apropiatorio no se redujo al hecho señalado de incorporarse al juego y generar alrededor de él formas de organización y sociabilidad. Además, desde el comienzo, en el fútbol practicado por sectores populares adquieren importancia otros dos aspectos: a) la competencia, es decir, el juego comienza a cobrar sentido en la búsqueda del triunfo, más que en el puro hecho de practicarlo. No solo será importante competir, sino también ganar; b) junto a lo anterior, la importancia de practicarlo hábilmente, virtuosamente, buscando un lucimiento individual y colectivo.

Dicho en términos futbolísticos, se impuso allí aquello de «ganar, golear y gustar». Ello está relacionado en términos simbólicos con la construcción o refuerzo de ciertas identidades, de reconocimiento y del logro de un espacio o sitio en la sociedad. El triunfo o la derrota; el lucimiento o el fracaso, vienen a ser elementos compensatorios o confirmativos de subordinaciones, frustraciones o resentimientos sociales, locales o nacionales. La otra cuestión ligada estrechamente a lo anterior es la aparición del ídolo, es decir de ciertos jugadores que, por diversos motivos, concentran la admiración y el cariño incondicional de la hinchada.

Viviendo el fútbol en tanto que ritual cargado de simbolismos, que atañen a los factores más profundos de la constitución de una cultura, es explicable que el ídolo sea un ser especial, que puede ser visto como el adalid que defenderá nuestro honor, historia y orgullo colectivo o aquel que ha llegado donde todos quisiéramos estar. La identificación con el ídolo por parte del hincha es tan profunda, estimula estructuras colectivas e individuales tan decisivas que va mucho más allá de cualquier consideración meramente racional.

Sólo entendiendo el complejo proceso que ha puesto en marcha el fútbol sobre un imaginario colectivo que va construyéndose, a partir de una

relación por lo menos difícil con su entorno directo y lejano, intentando mantener o readecuar identidades y sentimientos comunes, ante un mundo muchas veces distante o amenazante, es que se logrará aprehender el rol y papel del fútbol, los clubes y los ídolos en la cultura popular y masiva latinoamericana.

Fútbol y sociedad

Los clubes deportivos nacen en los países sudamericanos en el marco más general del surgimiento y desarrollo de la vida asociativa, propio de sectores sociales emergentes. Las relaciones codificadas entre los individuos están presentes incluso en el nivel más informal de los hábitos o las maneras, en el hogar, el taller o la oficina, en la calle y el espectáculo. La sociabilidad de lo cotidiano comienza a ser extensa e infinitamente variada, sin por ello estar necesariamente organizada.

La vida grupal desarrollada en torno al esparcimiento y el juego ha coexistido con los aspectos institucionalizados y a menudo las precedieron. Dicho de otro modo, se sigue «jugando a la pelota» en terrenos baldíos, escuelas, playas, etc., sin estar organizados. Siempre se ha sostenido que la destreza, el virtuosismo, la picardía y la capacidad de improvisación propias del futbolista sudamericano tienen su origen, justamente, en la práctica libre del fútbol como juego, teniendo como escenario la calle y el erial. Una de las desventajas de nuestra condición de pobreza y subdesarrollo se convirtió durante décadas en una inclinación a la creatividad. Era esa «pichanga» o «picado» que duraba horas interminables y que ganaba aquel que hacía el «último gol» la que facultaba el desarrollo de habilidades físicas y técnicas y sentido colectivo.

En los países sudamericanos, el fútbol amateur constituye una organización que da vida a miles y miles de partidos semanales, en los que participan millones de personas. En sus niveles más altos hay equipos de empresas, instituciones, etc. para las cuales el equipo de fútbol es parte fundamental de sus relaciones laborales, así como instrumento de fortalecimiento de su imagen social; para los trabajadores, la actividad deportiva es parte de sus demandas reivindicativas, a la cual las empresas deben aportar con apoyo y recursos.

Bajo dicho estrato más organizado discurre el fútbol informal. Es toda una estructura compuesta de diversos planos, en cuya cúpula se encuentra el fútbol profesional y en la cual los mismos sujetos pueden ocupar alternativamente muchos roles. Dicho de otra forma, todo amante del fútbol ha sido espectador y partícipe. En ese sentido, el fútbol como espectáculo no se reduce solamente al ámbito profesional. La mayoría de los que asisten a él, han sido o son también protagonistas o espectadores en otros niveles. El problema, entonces, no es el desarrollo de la dimensión

espectacular que tiene el fútbol, sino si el sentido de éste se complementa o articula con otros sentidos incluidos y ligados a la dimensión ritualística y simbólica.

Lo anterior es producto de las características asumidas por la etapa de gestación del fútbol como expresión masiva. Fue decisiva la apropiación popular de esta actividad. Un hecho significativo es que las clases altas, a pesar de la masificación, no abandonaron su práctica, aunque no pudieran mantener el fútbol como actividad exclusiva y elitista como ocurrió con otros deportes; en este caso tuvieron que compartirlo, entrar al terreno de las disputas y hegemonías.

Ahora bien, los procesos de identificación y representación a través de los clubes no se redujeron, obviamente, a clases o sectores socioeconómicos; también operaron en agrupaciones sociales o culturales vinculadas por otro tipo de lazos, lo cual es especialmente notorio en el caso de equipos regionales que asumen ciertas identidades locales o en los cuadros representativos de colonias inmigrantes.

Al introducir la noción de representación social nos referimos a una cuestión cultural de alto contenido simbólico, superando visiones mecanicistas o reduccionistas. En otras palabras, todos los equipos han tenido simpatizantes o socios de distintos sectores sociales, pero también es innegable que muchos de ellos, y no por casualidad los que han sido históricamente más trascendentes, tienden a responder a ciertos espacios sociales y culturales, adquiriendo un sello distintivo. Los procesos de construcción de identidad social y cultural no constituyen fenómenos espontáneos. Por su rápida y creciente masificación, el fútbol despertó tempranamente la codicia de distintos poderes. Ello muchas veces introdujo elementos distorsionadores. Por ejemplo, desde la aparición de la prensa especializada, la influencia de los medios en el afianzamiento de popularidades no ha sido para nada desdeñable.

En todo caso, un factor que está en la base de las representaciones de cualquier tipo es el hecho de que los clubes deportivos –salvo el caso colombiano– constituyen organismos sociales análogos a otros de carácter sindical, vecinal, escolar, cultural, etc. Es decir, se constituyeron como asociaciones voluntarias surgidas de la base social y la vida cotidiana de pequeños grupos, y aunque con el tiempo se hayan ido transformando en grandes instituciones profesionalizadas, con presupuestos millonarios e importantes bienes, el club sigue siendo «propiedad» de quien quiera integrarlo o seguirlo. Más aún, es tradicional que sus simpatizantes siempre superen el número de sus socios efectivos.

En este plano de los inicios todos los clubes han seguido un patrón

común: surgieron de un grupo que se organiza para practicar el fútbol y en una primera etapa sus integrantes se confunden en los roles de jugador, dirigente o entrenador. La competencia con otros es la condición para el paso a una segunda etapa. Ya sea por los triunfos posibles, por demostrar ciertas características especiales, como habilidad y virtuosismo o derroche de amor propio y pujanza o la capacidad de asumir la representación de cierto sentimiento colectivo, o por la combinación de estos factores va generando alrededor suyo círculos cada vez más amplios de hinchas y seguidores. La masificación de su convocatoria es lo que históricamente provocó el paso a la etapa del profesionalismo.

Por otro lado la aparición, crecimiento, desarrollo y eventual desaparición, fusión o decadencia de los clubes, es parte de un proceso histórico que, a lo largo del presente siglo, va estrechamente relacionado a las dinámicas de otras prácticas sociales, de carácter político, de transformaciones en la estructura social, del desarrollo de la educación, etc., cobrando especial relevancia en los últimos años la relación con las transformaciones económicas, debido al impacto del actual proyecto modernizador que ha acentuado la significación de la dimensión de espectáculo-mercancía que tiene el fútbol.

Espectáculo versus ritual

Enfrentados al profundo impacto que la modernización está produciendo en las sociedades latinoamericanas, en el marco de las particulares condiciones actuales, parecieran existir nuevos factores que tienden, al menos, una sombra de duda acerca del destino de esa compleja relación montada sobre un frágil equilibrio. No tan paradójicamente esta tendencia profunda ha encontrado en el marco democrático mejores condiciones para su desarrollo.

Ya desde hace algunos años, el fútbol sudamericano ha tenido que ir adecuándose a la nueva realidad de un fútbol mundial, caracterizado por Vicente Verdú como propio del capitalismo desarrollado de consumo y dirigido a alcanzar una polivalencia funcional que garantice la práctica del «fútbol total». Su paradigma sería la electrónica representada en la figura del computador: jugadores de acción binaria, juego simple y eficiente, test en el programa de preparación, etc. La expresión orgánica de este tipo de fútbol es la empresa productora de espectáculos futbolísticos: la transformación de los clubes en sociedades anónimas. En tanto es parte de una economía cuya herramienta central de modernización es la plena inclusión en los mercados mundiales, el fútbol está viviendo de manera contradictoria el hecho de basarse en organismos sociales propios de la sociedad civil, como son los clubes incluso profesionales, que deben manejarse cada vez más con criterios empresariales y de mercado, es decir, privilegiando la rentabilidad y el beneficio, teniendo que adecuar sus

presupuestos al nivel de precios internacionales en el mercado futbolístico, etc.

La incorporación a esta fase de la modernidad es la tendencia dominante en nuestros países y se manifiesta en cada ámbito de la vida social. La reformulación o fragmentación de las identidades colectivas, los procesos de desterritorialización y descolocación cultural, al decir de García Canclini, son fruto de un proyecto de vida que emerge de la articulación que el mercado ejerce sobre todas las prácticas sociales.

La etapa actual de la modernidad, es sabido, se verifica en un contexto cualitativamente distinto a proyectos anteriores, en la medida en que la modernización se nos ofrece con una sola dirección y contenidos posibles, es decir, en que los fines sociales se nos presentan naturalizados. Se abre paso así un proyecto que se impone avasalladoramente. Es cada vez más evidente que un proyecto como el señalado está produciendo profundas alteraciones en la relación de lo privado y lo público, lo social y lo político, convirtiendo al mercadeo en el elemento central de toda convocatoria o estrategia comunicacional en cualquier ámbito. Así, el propio estatuto del hincha es el que está cuestionado o reemplazado por el de espectador-consumidor.

La autocomplacencia, el utilitarismo y el pragmatismo predominantes transmiten la idea implícita de que no hay nada tan importante que no se pueda negociar o transar. Se pregona la validez de lenguajes mediatizados y de ocultamiento de los conflictos. Particularmente en el caso chileno, la existencia de las «barras bravas» no es ajena a este marco en que no «están de moda» ni los principios, ni la consecuencia mínima. Es probable que muchos de esos jóvenes, participantes de la lucha contra la dictadura militar y que conservan esa memoria en sus símbolos y sus consignas, ahora protagonistas de movilizaciones en el ámbito político o estudiantil, prefieran un lenguaje claro, opiniones definidas, actitudes no equívocas o ambiguas; y en esa perspectiva es posible explicarse también la búsqueda de espacios de expresión o identidad, de una causa por qué jugársela; donde la vida conserva una cuota de aventura y heroísmo, de entrega gratuita, sin cobrar y sin negociación de por medio.

La violencia de estas barras obedece a causas variadas que se ubican en distintos planos, algunos de ellos claramente extrafutbolísticos. Todo lo anterior no pretende justificarla, pero ayuda a entenderla. Por eso, es que son ángeles y demonios a la vez. Victimarios y víctimas, expresando en su accionar algunas de las contradicciones más crueles del contexto y algunos de los procedimientos con que ha operado la modernización de la sociedad chilena. A la distancia, nos parece que el caso de otros países, como Argentina, tiene diferencias importantes que requerirían un análisis particular.

La televisión del fútbol

Dicho de otra forma, el fútbol condensa simbólicamente las nuevas características que la modernización imprime a nuestras sociedades. El predominio cada vez más manifiesto de la total mercantilización del fútbol encuentra un instrumento central en la TV y en el acelerado desarrollo de las tecnologías que le sirven de soporte. Como es sabido, el modelo de TV imperante lo transforma todo en espectáculo; este formato es fundamentalmente efecto y pirotecnia, aunque lo principal es que plantea una determinada relación de lectura por parte del receptor, caracterizada por la delegación de atención y pérdida de protagonismo real, travestida de una interactividad que no es sino un rol específico en la fórmula de producción.

Por otro lado, la TV significa una forma cualitativamente distinta a la de la radio, por ejemplo, en lo que es el tratamiento del hecho futbolístico. La radio permite mantener la dualidad presencia / ausencia; por esa vía crea en el oyente la inquietud de la verdad que transmite. Dicho de otra manera, la radio todavía mantiene en el hincha-oyente las vinculaciones afectivas, la adhesión cuasi-religiosa.

La realización televisiva, en cambio, por su propia naturaleza, crea una nueva realidad, entregando siempre partes del acontecimiento, impone sus propios códigos y condiciona los procesos de decodificación. Al decir de Verdú, «... transmuta el fútbol de estadio en fútbol de estudio».

La TV cambia nuestra mirada sobre las cosas, de manera que existen dos objetos en el mundo, los televisivos y los no televisivos. Corrigiendo una de sus favoritas consignas autorreferenciales, la televisión no es la ventana abierta al mundo, sino un particular texto (palabra y escena transformadas en narración), visto por la ventana estrecha de la pantalla, según lo plantea Vilches. La TV transforma la realidad futbolística en un texto y lo pone en el formato del espectáculo. La televisión genera una distancia en el espectador que desacraliza el fútbol, convirtiéndolo en una producción orientada hacia la entretención de consumo efímero, análogo a cualquier otro de sus programas.

El crecimiento de la oferta televisiva tiene como uno de sus productos fundamentales el espectáculo futbolístico. Ello significa no solo recibir en cualquier fin de semana encuentros de diversos países del mundo, sino que las propias dirigencias del fútbol local vean en la televisación del fútbol el instrumento básico para el financiamiento de la actividad en los niveles que exige el mercado futbolístico mundial, pasando a ser secundaria la asistencia a los estadios de los hinchas. Cada vez más el fútbol debe subordinarse a las exigencias programáticas y económicas de la TV,

subordinando de forma más clara y estricta los factores estrictamente deportivos.

Es sabido que la intromisión de la TV en el «negocio del fútbol» implica que, junto a ella, se incorporan muchas otras empresas tras una multitud de otros negocios posibles (¿por qué no también ilícitos, como es un secreto a voces?).

No se trata de asumir posturas conservadoras que reivindiquen un pasado que sólo es posible evocar, aunque muchas veces la nostalgia es inevitable. Se trata simplemente de preguntarse hacia dónde va nuestro fútbol. Su fuerza, su grandeza y su importancia como instrumento de mediación simbólica masiva y popular, se construyó sobre la base de una articulación complementaria entre el espectáculo y la ceremonia. El mercado nos puede hacer la vida más cómoda –lo cual no es poco–, pero no puede hacernos mejores ni más felices, ni darnos un sentido por qué vivir. Su lógica probadamente reduccionista ¿podrá ocupar en el fútbol un rol como el antes señalado, podrá ocupar por sí sola el espacio de dicha articulación?

Toda manifestación masiva genera la codicia del poder. En Sudamérica hemos estado acostumbrados a que ese interés manipulador viniera de los gobiernos o los mecanismos de poder político y, de alguna forma, se desarrollaron desde la sociedad civil, de sus organizaciones y desde sus manifestaciones culturales como el fútbol, formas de relacionarse conflictiva, negociada o consensualmente con aquél. Hoy, la codicia fundamental que tiene en su mira al fútbol es otra. Sus mecanismos no solo son distintos, sino sutiles y descentrados. Se articulan en procesos de enmascaramiento y simulación que ofrecen crecimiento, triunfos y grandeza. Ante ellos está planteado el desafío para la sociedad civil de saber establecer un nuevo plano de relaciones y negociación que salvaguarden aquello que constituye, tal vez, lo más importante que ha tenido el fútbol sudamericano: ser una pasión, un sentimiento.



La ilustración acompañó al presente artículo en la edición impresa de la revista